

rio era un hecho y esperaba la hora de dar nueva dirección á sus seculares intrigas. El marqués, agente inútil ya, sólo tenía una curiosidad: saber en qué pararía todo aquello y de qué manera se arreglarían los Rougon para representar su papel hasta el fin.

—¿Eres tú, pequeña?—dijo reconociendo á Felicidad.—Iba á verte... Tus negocios se embrollan.

—No; todo marcha bien...—respondió preocupada.

—Tanto mejor. ¿Me contarás eso, eh? Debo confesarte que le metí un miedo atroz á tu marido y sus colegas la otra noche. ¡Si vieras qué aspecto tan cómico tenían mientras les hacía ver un grupo de insurrectos en cada grupo de árboles del valle! ¿Me perdonas?

—Y le doy á usted las gracias—dijo con viveza Felicidad,—debía usted haberles hecho reventar de miedo. Mi marido es un gran socarrón. Venga usted á verme una de estas mañanas cuando esté sola.

Y se escapó á buen paso, como decidida por el encuentro del marqués. Toda su personilla revelaba una voluntad implacable; iba, al fin, á vengarse de la reserva de Pedro, á tenerlo bajo sus pies, á asegurar para siempre su omnipotencia en el hogar. Era un golpe de teatro necesario, una comedia de la que gustaba por adelantado las burlas profundas y de la que meditaba el plan con refinamientos de mujer herida.

Halló á Pedro sumido en pesado sueño; acercó la luz, y con expresión de lástima contempló aque-

llas facciones groseras, contraídas á intervalos por movimientos nerviosos; después sentóse á la cabecera de la cama, se quitó la cofia, se despeinó, tomó el aspecto de una persona desesperada, y empezó á sollozar recio.

—¡Eh! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?—preguntó Pedro bruscamente despertado.

Felicidad, en vez de responder, lloró más amargamente.

—Hazme el favor de contestar—prosiguió Rougon, espantado al verla muda y desesperada.—¿Dónde has ido? ¿Has visto á los insurrectos?

La vieja hizo signos de que no, y dijo con voz ahogada:

—Vengo del hotel Valqueyras. Quería aconsejarme del señor marqués... ¡Ah, pobre amigo! ¡todo se ha perdido!...

Pedro se incorporó muy pálido; su cuello de toro, que dejaba ver la camisa desabotonada, su carne fofa, estaban hinchados por el miedo. En medio del lecho revuelto se hundía como un ídolo chino, lívido y compungido.

—El marqués—continuó Felicidad—cree que el príncipe Luis ha sucumbido... Nos hemos arruinado; jamás tendremos un *sous*.

Entonces, como sucede siempre á los cobardes, Rougon se arrebató. La culpa era del marqués. de su mujer de toda la familia. ¿Acaso pensaba él en la política cuando M. de Carnavant y Felicidad le metieron en aquellos enredos?—Por mi parte, me lavo las manos—gritó—ustedes dos son los que han hecho la tontería. ¿No era más cuerdo comernos tranquilamente nuestra rentita? Tú

has querido siempre dominar. Mira el extremo á donde hemos llegado.—Perdido el seso, no se acordaba de que fué él tan ambicioso como su mujer; sólo sentía un inmenso deseo de desahogar la cólera acusando á los otros por su derrota. —¿Qué había de suceder con hijos como los nuestros? Eugenio nos abandona en el instante decisivo; Arístides nos ha arrastrado por el fango, y hasta ese inocentón de Pascual nos compromete, echándonoselas de filántropo y marchándose con los insurrectos. ¿Para esto nos hemos arruinado dándole á cada uno su carrera?—En el paroxismo de la desesperación empleaba palabras que nunca había usado.

Felicidad aprovechó un instante en que Pedro dejó de gritar, para tomar aliento, y murmuró:

—¿Te olvidas de Macquart?

—¡Ah! ¡Lo había olvidado!—repuso con violencia.—¡Otro que al pensar en él me pongo fuera de mí! Pero no es eso todo. ¿Sabes? He visto al pequeño Silverio la otra noche en casa de mi madre, con las manos llenas de sangre; había reventado un ojo á un gendarme. No te dije nada por no asustarte. ¡Mira! ¡Uno de mi familia ante el tribunal! ¡Oh! ¡qué familia! Lo que es el tal Macquart... Te aseguro que el otro día, cuando me vi con un fusil en la mano, tuve intenciones de abrirle la cabeza. ¡Oh! sí; las tuve.

Felicidad dejaba que la tormenta descargase. Con una calma angelical, bajando la cabeza como si se reconociera culpable, y ocultando así la expresión radiante de sus ojos, escuchó las recriminaciones de su marido. Aquella actitud humilde-

sima excitaba á Pedro hasta enloquecerle. Cuando ya le faltaba la voz al pobre hombre, la vieja suspiró, fingiendo arrepentimiento, y dijo en voz desolada:

—¿Qué vamos á hacer, ¡Dios mío!, qué vamos á hacer?... ¡Estamos agobiados de deudas!...

—Tú tienes la culpa—gritó Rougon haciendo el último esfuerzo.

Era verdad: á todo el mundo debían dinero. Esperanzados con un próximo triunfo, habían perdido toda prudencia desde el comienzo de 1851; habían llegado hasta ofrecer todas las noches á los concurrentes al salón amarillo refrescos, ponche, pastas, y aún cenas, en las cuales se brindaba por la muerte de la República. Además, Pedro empleó la cuarta parte de su capital en fusiles y cartuchos para defender la causa de la reacción.

—La cuenta del pastelero sube lo menos á mil francos—prosiguió Felicidad con su acento dulce; —y al licorista le debemos el doble. Además, al carnicero, al panadero, á la frutera...—Pedro agonizaba. Felicidad le dió el golpe de gracia, añadiendo:—Y no hablo de los diez mil francos que diste para las armas.

—¡Yo! ¡Yo!...—balbuceó Rougon.—Me han engañado, me han robado...—Ese imbécil de Sicardot me metió en eso jurándome que vencería Napoleón. Yo creí que se trataba de un anticipo, y preciso será que ese vejestorio me devuelva mi dinero.

—¡Bah! ¡qué te ha de devolver!...—replicó Felicidad, encogiéndose de hombros.—Sufriremos las consecuencias de la guerra. Después de pagar á

todos los acreedores, no nos quedará ni lo preciso para comer un pedazo de pan... ¡Ah! ¡Qué bonita campaña! Tendremos que irnos á vivir á alguna casucha del barrio viejo.

Esta última frase sonó lúgubrememente; era la realidad de la existencia que les aguardaba. Pedro vió la casucha del barrio viejo tal y como su mujer la evocaba; iría allí á morir sobre un jergón después de haber apetecido toda su vida grandes y fáciles placeres. En vano había robado á su madre y puesto la mano en los más sucios negocios, mintiendo por espacio de años enteros: el Imperio no pagaría sus deudas; aquel Imperio, único capaz de salvarle de la ruina. En camisa saltó de la cama, gritando:—No; prefiero coger un fusil y que me maten los insurrectos.

—Pues eso lo podrás conseguir mañana ó pasado, porque los republicanos no están lejos de Plassans. Es un medio de concluir como otro cualquiera—contestó Felicidad.

Pedro se quedó yerto, como si de pronto le hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza. Acostóse lentamente, y cuando sintió el dulce calor de la cama, rompió á llorar. Aquel hombrón se deshacía en lágrimas, lágrimas dulces que sin esfuerzo salían de sus ojos. Operábase en él una reacción fatal; toda su cólera se trocaba en abandono y lamentaciones de niño. Felicidad, que esperaba aquella crisis, llegó al colmo de la alegría viéndole tan débil á sus pies. Conservó su actitud muda, su desolada humildad, y al cabo de un largo silencio, aquella resignación, el es-

pectáculo de aquella mujer sumida en profunda melancolía, acrecentó las lágrimas de Pedro.

—¡Di algo, mujer!—imploró.—Busquemos juntos. Verdaderamente ¿no hay una tabla de salvación?

—Ninguna; bien lo sabes—replicó Felicidad.—Hace un momento tú mismo exponías la gravedad de la situación. Nada podemos esperar de nadie; hasta nuestros hijos nos han abandonado.

—¡Huyamos entonces!... ¿Quieres que esta noche misma salgamos de Plassans?

—¡Huir! ¡Pobre amigo mío! Mañana seríamos objeto de la burla de toda la ciudad. Además, ¿no recuerdas que tú mismo mandaste cerrar las puertas?

Pedro se desesperaba; ponía en tensión extraordinaria su espíritu; por fin, vencido, con tono suplicante murmuró:

—¡Por favor! Dame una idea; todavía no has dicho nada.

Felicidad alzó la cabeza fingiendo sorpresa, y con un gesto que revelaba absoluta impaciencia, dijo:

—Soy una tonta en estas materias; no entiendo nada de política; me lo has dicho muchas veces.—Y viendo que su marido callaba avergonzado, sin atreverse á mirarla, continuó:—Tú no me has puesto al corriente de tus negocios ¿no es verdad? Lo ignoro todo. Ni aun puedo darte un consejo. Por otra parte, has hecho bien; las mujeres á veces son charlatanas, y por eso es mejor que los hombres dirijan la nave solos.

Pronunció estas palabras con tan disimulada

ironía, que su marido no advirtió su crueldad; pero sintió remordimientos, y se lo contó todo. Hablóle de las cartas de Eugenio; le explicó sus planes, su conducta, con la locuacidad de hombre que confiesa de plano y que implora un salvador. A cada paso se interrumpía para preguntarle:— ¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?—O bien exclamaba:—¿No es verdad? ¿Tenía razón? No podía proceder de otra manera.

Felicidad no se dignaba hacer un gesto siquiera: escuchábale con la rigidez inflexible de un juez, y en el fondo experimentaba incomparable júbilo. Por fin tenía en sus manos á aquel gran ladino, y jugaba con él como una gata con una bola de papel. El le tendía las manos para que le pusiera las esposas.

—Espera—dijo por fin saltando de la cama.—Voy á leerte la correspondencia de Eugenio, para que puedas juzgar mejor.

Ella trató en vano de detenerle por un faldón de la camisa; Pedro colocó las cartas encima de la mesita de noche, volvióse á acostar, y le leyó páginas enteras, obligándola á recorrerlas con sus propios ojos. Felicidad hacía esfuerzos para no sonreír, y comenzaba á sentir lástima del pobre hombre.

—Ahora, que estás enterada de todo—dijo Rougon con ansiedad luego que hubo concluído—ahora que lo sabes todo, ¿no ves alguna manera de salvarnos de la ruina?—La vieja tampoco respondió; parecía reflexionar profundamente.—Tú eres una mujer inteligente—prosiguió Pedro, para

atularla.—He hecho mal en ocultarme de ti; lo reconozco.

—No hablemos más de eso—repuso Felicidad.—A mi juicio, si tuvieras mucho valor...—Y viendo que la miraba con avidez, interrumpióse, y le dijo sonriendo:—Pero es menester que me prometas no volver á desconfiar de mí. ¿Me lo dirás todo? ¿No darás ningún paso sin consultarme?

Rougon se lo juró y aceptó las condiciones más duras.

Entonces ella se acostó también. Tenía frío; acercóse á su marido, y en voz baja, como si temiera ser oída, le expuso detalladamente su plan de campaña. A su juicio, era indispensable que el pánico se difundiera más y más por la ciudad, y que él conservase una actitud de héroe en medio de los habitantes consternados: un secreto presentimiento la advertía que los insurrectos estaban lejos aún. Además, tarde ó temprano, él se impondría y los Rougon serían recompensados. Después del papel de salvadores, no era de desdenar el de mártir. Lo hizo tan bien, habló con tanta convicción, que su marido, sorprendido al principio por la sencillez del plan, que sólo requería audacia, acabó por reconocer en él una táctica maravillosa, y comprometióse á desarrollar todo el valor posible.—Pero no olvides que soy yo quien te salva—murmuró la vieja con voz mimosa.—¿Serás bueno?

Se besaron y se dieron las buenas noches. Aquella conversación fué un descanso para los dos viejos, abrasados por el fuego de la ambición; pero ni uno ni otra pudieron dormir. Al cabo de

un cuarto de hora, Pedro, que miraba en el techo la mancha roja producida por la lamparilla, se volvió, y, en voz muy baja, comunicó á su mujer una idea que había brotado en su cerebro.

—¡Oh, no!—murmuró Felicidad estremeciéndose.—Sería demasiada crueldad.

—¡Diablo!—prosiguió Rougon.—¿No quieres que la ciudad entera tiemble consternada? Si lo que te digo sucediera, me tomarían en serio.—Después, completando su pensamiento, añadió:—Se podría utilizar á Macquart; sería un medio de desembarazarse de él.

Esta idea llamó la atención de Felicidad. Reflexionó, vaciló y balbuceó con voz turbada:

—Puede que tengas razón: merece pensarse; después de todo, sería una estupidez andar con escrúpulos tratándose de una cuestión de vida ó muerte para nosotros... Déjame hacer. Mañana iré á ver á Macquart, y quién sabe si podremos entendernos... Iré yo, porque tú de fijo te pelearías con él, y lo echarías á perder todo. Buenas noches, y duerme bien, querido mío... ¡Bah! Ya acabarán nuestras penas.

Volviéronse á besar y se durmieron. En el techo la mancha luminosa se redondeaba como un ojo colosal abierto y fijo sobre el sueño de aquellos burgueses lívidos, sudando el crimen entre las sábanas, y que veían en sueños caer en su cuarto una lluvia de sangre cuyas anchas gotas se trocaban en monedas de oro al chocar contra el pavimento.

Al siguiente día, antes de amanecer, Felicidad fué al ayuntamiento, advertida por Pedro de la

manera cómo podría llegar hasta Macquart. En una servilleta llevaba envuelto el uniforme de guardia nacional de su marido.

Al entrar en la alcaldía encontró á los que montaban la guardia durmiendo á pierna suelta. El portero, á cuyo cargo estaba la vigilancia del prisionero, la acompañó hasta el tocador convertido en calabozo; luego se marchó tranquilamente.

Dos días con sus noches hacía que Macquart estaba allí encerrado, y había tenido tiempo de reflexionar. Las primeras horas de prisión las pasó entregado á la cólera que le causaba su impotencia. Ganas le dieron de echar abajo la puerta, pensando que en la estancia inmediata estaba su hermano hecho un personaje, y prometiéndose estrangularle con sus propias manos cuando los insurrectos viniesen á libertarle. Al anoecer recobró la calma, y dejó de pasearse por el estrecho gabinete. Respiraba allí un suave olor y un sentimiento de bienestar calmaba sus nervios. Garçonnet era rico, sibarita y coquetón en sus aficiones, y había arreglado aquel tocador con exquisito gusto y elegancia; el diván era muelle y cómodo; multitud de pomadas y jabones ordenados sobre el lavabo de mármol saturaban de perfumes el aire, y la luz palidecía al atravesar los cristales, semejante al tenue resplandor de la lámpara de una alcoba. Macquart se durmió respirando aquel ambiente aromático y pensando que «aquellos diablos de ricos eran muy felices»; cubrió su cuerpo con una colcha que le habían dado, y descansó hasta la mañana, apoyando la cabeza, las espaldas y los brazos sobre los mullidos co-

jines. Cuando abrió los ojos, un rayito de sol penetraba por la claraboya; estaba caliente y no dejó el diván; pensó, mirando en torno suyo, que no tendría nunca un rincón parecido para lavarse la cara; el lavabo, sobre todo, le interesaba; no era mucho andar siempre limpio, pudiendo disponer de tanto tarrito y tanto frasco. Esto le hizo pensar con amargura en su pasado; acaso había seguido mal camino; no se adelanta nada tratando á los vagabundos; más le hubiera valido no pasar por malo y entenderse con los Rougon. Luego rechazó este pensamiento: los Rougon eran unos malvados, que le habían robado; pero lo tibio del ambiente, lo blanco del diván continuaban dulcificándolo é inspirándole un vago pesar. Después de todo, los insurrectos le abandonaban y se dejaban matar como unos imbéciles. Acabó por convenir en que la República era un engaño; aquellos Rougon tenían suerte, y recordó sus maldades inútiles, su guerra sorda; nadie en la familia le había ayudado, ni Arístides, ni el hermano de Silverio, ni Silverio mismo, que era un necio al entusiasmarse con los republicanos, y nunca llegaría á ser nada. Encontrábase solo: muerta su mujer y abandonado por sus hijos, reventaría solo en un rincón, como un perro, sin un *sous*. Decididamente debía haberse vendido á la reacción. Pensando esto miraba el lavabo y le entraban ganas de lavarse las manos con ciertos polvos de jabón que había en un tarro de cristal. Macquart, como todos los holgazanes á quienes una mujer ó sus hijos sostienen, tenía gustos de peluquero; aunque llevara los pantalones remendados

le agradaba inundarse de aceite aromático. Pasaba horas y horas en casa del barbero hablando de política, y haciendo que lo peinaran en los intervalos de las discusiones. La tentación fué invencible, y Macquart se instaló delante del lavabo; se lavó la cara y las manos, se peinó, se perfumó, se hizo un tocado perfecto; usó un poco de cada frasco, de todos los jabones y todos los polvos; pero su gran placer fué secarse con las toallas del alcalde, extraordinariamente tupidas y flexibles; con delicia envolvió en una de ellas el húmedo rostro, aspirando beatíficamente los olores de la riqueza. Después de haberse puesto pomada, cuando olía desde la cabeza hasta los pies, volvió á echarse en el diván, rejuvenecido, con la mente llena de ideas conciliadoras. Desde que acercó las narices á los frascos aquellos sentía mayor desprecio por la República; hasta llegó á pensar que acaso todavía fuera tiempo de hacer las paces con su hermano, y calculó cuánto podría valerle una traición. Su odio contra los Rougon seguía mordiéndole, pero estaba en uno de esos momentos en que, acostado sobre la espalda, en silencio, dícese uno la verdad desnuda, se riñe por no haberse cavado, aun al precio de sus odios más queridos, un agujero dichoso donde ocultar sus cobardías de alma y de cuerpo. Hacia la noche, Antonio se decidió á llamar á su hermano á la mañana siguiente; pero cuando vió entrar á Felicidad comprendió que tenían necesidad de él, y se puso en guardia.

La negociación fué larga, llena de traiciones y manejada con arte infinito. Los dos cuñados em-

pezaron dándose mutuas quejas. Felicidad, admirada de ver tan amable á Antonio después de la escena grosera ocurrida en su casa el domingo último, adoptó con él un tono de dulce reproche; deploró los odios que desunen á las familias; verdaderamente él había calumniado y perseguido á su hermano con un encarnizamiento tal, que lo había puesto fuera de sí.

—¡Pardiez!—dijo Macquart, procurando en vano contenerse:—lo que es Pedro nunca se portó conmigo como un hermano. ¿Cuándo me ha socorrido? Me hubiese dejado reventar en mi casucha. Cuando fué bueno para mí, ya recuerda usted, en la época de los doscientos francos, creo que no se me puede echar en cara el haber hablado mal de él; repetía por todas partes que era un buen corazón.—Lo que significaba claramente: «Si ustedes hubieran continuado dándome dinero, hubiéramos sido buenos amigos, y les hubiese ayudado en vez de combatirlos; la culpa es de ustedes, que han debido comprarme.»

—Ya lo sé; usted nos ha acusado de dureza, porque la gente se figura que estamos bien; pero se engaña, mi querido hermano; somos pobres y no hemos podido portarnos con usted como hubiéramos deseado.—Vaciló un instante, y continuó:—En rigor, podríamos hacer un sacrificio si lo exigiera la gravedad de las circunstancias; ¡pero, somos tan pobres, tan pobres!...

Macquart aguzó el oído. «Ya los tengo», pensó; y sin darse por entendido del indirecto ofrecimiento de su cuñada, pintó vivamente su miseria con voz dolorida, contó la muerte de su mujer y

la huída de sus hijos. Felicidad, por su parte, lamentó la crisis que experimentaba el país, asegurando que la República los había acabado de arruinar; y de palabra en palabra, llegó á maldecir la época que obligaba al hermano á prender al hermano. Si la justicia no quería entregar su presa, ¡cómo le sangraría el corazón!—y dejó escapar la palabra galeras.

—Lo que es eso...—dijo tranquilamente Macquart. Felicidad prosiguió:

—Capaz sería de rescatar al precio de mi sangre el honor de la familia; lo que he dicho era para mostrarle que no le abandonaremos... Vengo á decirle á usted la manera de huir, mi querido Antonio.

Los dos cuñados se miraron cara á cara, tanteándose antes de entablar la lucha.

—¿Sin condiciones?—preguntó Antonio.

—Sin condiciones—repuso Felicidad. Y sentándose junto á él en el diván, continuó con tono resuelto.—Y antes de pasar la frontera, si quiere usted ganar un billete de mil francos, yo le diré cómo.

Hubo una nueva pausa.

—Si el negocio es limpio—murmuró Antonio, que parecía reflexionar.

—Usted sabe que no quiero mezclarme en sus intrigas.

—Pero aquí no hay intrigas—dijo Felicidad, sonriendo al ver los escrúpulos del viejo bribón; —la cosa es bien sencilla. En cuanto salga de aquí va á esconderse á casa de su madre, y esta

noche reúne á sus amigos y viene á apoderarse del ayuntamiento.

Macquart no pudo ocultar su sorpresa. No comprendía aquello.

—Yo pensé que habían ustedes triunfado—dijo.

—No tengo tiempo de explicárselo á usted—replicó la vieja con impaciencia.—¿Acepta usted ó no?

—Pues bien; no acepto; quiero reflexionar. Sería una estupidez que por mil francos perdiera quizás una fortuna.

Felicidad se levantó.

—Como usted quiera —querido mío, —le dijo fríamente;—seguramente no tiene usted conciencia de su posición. Fué usted á mi casa á tratarme de vieja bribona, y cuando tengo la bondad de tenderle la mano para sacarle del agujero en que ha cometido la tontería de caer, hace usted repulgos, y no quiere que le salve. Pues bien, quédese aquí y espere á que vengan las autoridades; yo me lavo las manos.

Estaba ya en la puerta.

—Pero—replicó él—deme usted algunas explicaciones. No puedo cerrar el trato sin saber nada. Desde hace dos días ignoro lo que pasa. ¿Quién me asegura que no trata usted de robarme?

—Es usted un estúpido—replicó Felicidad, á quien aquel grito del corazón de Antonio hizo volver sobre sus pasos.—Hace mal no poniéndose ciegame de nuestra parte. Mil francos es una bonita suma y que no se arriesga sino por una causa ganada. Acepte usted, se lo aconsejo.

Macquart vacilaba aún,

—Pero cuando vengamos á apoderarnos del ayuntamiento, ¿nos dejarán entrar tranquilamente?—preguntó.

—Eso no lo sé—replicó Felicidad, sonriendo.—Puede que haya tiros.

Macquart la miró fijamente, exclamando con voz ronca:

—Y diga usted, comadre: ¿no tendrá usted la intención de hacer que me coloquen una bala en la cabeza?

Felicidad enrojeció: precisamente en aquel instante pensaba que una bala, durante el ataque al ayuntamiento, podía hacerles un gran servicio, desembarazándoles de Antonio y ahorrándoles mil francos. Por eso se enfadó, y dijo:

—¡Vaya una idea! ¡Es atroz tener pensamientos de esa clase!—Calmándose súbitamente, añadió:—¿Acepta usted? Ha comprendido, ¿no es cierto?

Macquart había comprendido perfectamente. Se trataba de una emboscada, y como á primera vista no se le alcanzaban ni el objeto de ella ni sus consecuencias, regateó. Después de hablar de la República como de una querida á quien estaba desesperado de no amar ya, puso de manifiesto los peligros que correría, y acabó pidiendo dos mil francos. Pero Felicidad se mantuvo firme, y discutieron, hasta que prometió procurarle cuando regresara á Francia una plaza en que no tuviera nada que hacer y que le produjera mucho. Se cerró el trato; ella le obligó á ponerse el uniforme de guardia nacional que había llevado consigo. Inmediatamente debía ir á casa de tía Dida,

y á eso de la media noche conducir á la plaza del ayuntamiento á todos los republicanos que encontrara, asegurándoles que aquél estaba abandonado, y que bastaría empujar la puerta para apoderarse de él. Antonio pidió señal, y recibió doscientos francos, comprometiéndose Felicidad á entregarle el resto al día siguiente. Aquella suma representaba todo el dinero que tenían disponible los Rougon.

Cuando Felicidad bajó á la calle, detúvose un instante para ver salir á Macquart. Este pasó tranquilamente delante de la guardia, sonándose para recatar el rostro con el pañuelo. Antes de salir, rompió de un puñetazo la vidriera del techo para hacer creer que se había escapado por allí.

—Ya está hecho el negocio—dijo la vieja á su marido al entrar en casa:—esta noche á las doce... No me ha de causar ningún remordimiento... De buena gana los vería fusilados á todos. Así como así, bien nos desollaban ayer en la calle.

—Era una tontería que dudases—repuso Rougon, que se estaba afeitando;—en nuestro caso, cualquiera haría lo mismo.

Aquella mañana, la del martes, Pedro se acicaló con gran esmero. Su mujer le peinó y le anudó el lazo de la corbata, haciéndole girar entre sus manos como un niño que va á premios. Cuando terminó el tocado y le miró atenta, declaró que haría muy buen papel en los graves acontecimientos que se preparaban; en efecto: su anchuroso rostro pálido expresaba mucha dignidad y un aspecto de terquedad heroica. Acompañóle hasta el primer tramo haciéndole sus últimas recomenda-

ciones: era preciso que conservase su valeroso continente, por mucho que fuera el pánico; convenía cerrar las puertas más herméticamente que nunca y dejar á la ciudad entre sus fortificaciones; sería cosa excelente que fuera él solo quien quisiera morir por la causa del orden. ¡Qué día! Los Rougon hablan todavía de él como de una batalla gloriosa y decisiva.

Pedro se dirigió á la alcaldía sin inquietarse por las miradas ni por las palabras que recogía al paso, y entró en ella magistralmente como hombre que no piensa ya dejar la plaza. A Roudier le dirigió cuatro letras, previniéndole que de nuevo recobraba el mando: «Velad en las puertas de la ciudad—le decía, sabiendo que aquellas líneas podrían publicarse.—Yo velaré en el interior y haré respetar las propiedades y las personas. En momentos en que las malas pasiones renacen y se desenfrenan, los buenos ciudadanos deben tratar de ahogarlas, aunque sea á costa de su vida.» Las faltas de ortografía y el estilo hacían más heroico aún aquel documento clásicamente lacónico.

Ni uno solo de los consejeros municipales acudió á su puesto; los dos últimos fieles y el mismo Granoux se quedaron prudentemente en sus casas. De aquella comisión cuyos miembros fueron desapareciendo á medida que el pánico aumentaba, sólo Rougon había quedado en su sillón de presidente. Ni aun siquiera se dignó convocarles: él solo bastaba. Sublime espectáculo, que más adelante un periódico local debía caracteri-

zar con esta frase: «El valor dando la mano al deber.»

Toda la mañana llenó Pedro el ayuntamiento con sus idas y venidas. Estaba completamente solo en aquel gran edificio, por cuyas espaciosas habitaciones vacías retumbaba el ruido de sus pasos. Todas las puertas estaban abiertas. Paseaba su presidencia sin consejo por aquel desierto, con tal énfasis y tan penetrado de su misión, que dos ó tres veces le halló el conserje en los pasillos y le saludó respetuoso y sorprendido. Veíasele detrás de las vidrieras, y, no obstante el frío que hacía, varias veces asomóse al balcón, llevando en las manos carpetas llenas de papeles, como hombre muy atareado que espera importantes mensajes.

Hacia el mediodía recorrió la ciudad; visitó las guardias, hablando de la posibilidad de un ataque y dando á entender que los insurrectos no estaban lejos; pero contaba, decía, con el valor de los bravos guardias nacionales, que, á ser preciso, debían dejarse matar hasta no quedar uno, en defensa de la buena causa.

Cuando volvía de esta visita oficial, andando con gravedad y aspecto de héroe que ha puesto en orden los negocios de la patria y sólo espera la muerte, observó que todos le miraban con estupor. Los paseantes del Cours, los pequeños rentistas incorregibles á quienes ninguna catástrofe hubiese impedido ir á charlar al sol en ciertas horas, lo veían pasar con aire asustado como si no lo reconociesen ni pudieran creer que uno de

ellos, un antiguo comerciante de aceite, tuviese la audacia de afrontar un ejército entero.

En la población la ansiedad había llegado al colmo; de un momento á otro se esperaba la partida de insurrectos. La evasión de Macquart produjo gran espanto, y por doquier fué muy comentada. Decíase que sus amigos los rojos le habían libertado, y que esperaba escondido la noche para caer sobre las casas de los ricos y poner fuego á la ciudad. Plassans, enloquecido, devorándose á sí mismo en su prisión de murallas, no sabía ya qué inventar para tener miedo. Los republicanos desconfiaron al ver la enérgica actitud de Rougon; la ciudad nueva, los abogados y comerciantes retirados que la víspera se deshacían en censuras contra el salón amarillo, se sorprendieron tanto, que no osaron atacar abiertamente á un hombre de tal valor. Contentáronse con decir que había algo de locura en desafiar así á los insurrectos victoriosos, y que aquel heroísmo inútil iba á traer sobre Plassans las mayores desgracias. Hacia las tres organizaron una diputación. Pedro, que ardía en deseos de afirmar su abnegación ante sus conciudadanos, no se había atrevido, sin embargo, á soñar con ocasión tan propicia. Tuvo palabras sublimes, cuando en el despacho del alcalde recibió á la diputación del barrio nuevo. Los comisionados, después de darle las gracias por su patriotismo, le suplicaron que no pensara en hacer resistencia; pero él, en voz alta, les habló del deber, de la patria, del orden, de la libertad y de otras muchas cosas. Díjoles que á nadie obligaba á imitarle; que sólo

se proponía cumplir lo que le ordenaban su corazón y su conciencia.—Ya lo veis, señores; estoy solo—añadió al concluir,—quiero asumir toda la responsabilidad para que nadie más que yo se comprometa. Si hace falta una víctima, me ofrezco á serlo: mi único deseo consiste en salvar con la mía la vida de los vecinos.—Un notario, la mejor cabeza de la diputación, le hizo notar que corría á una muerte segura.—Lo sé—exclamó Rougon—y estoy dispuesto.—Los comisionados se miraron; aquel «estoy dispuesto» los llenó de admiración: resueltamente aquel hombre era un valiente. El notario le aconsejó que recurriese á los gendarmes; pero él repuso que la sangre de los soldados era preciosa, y que no la haría correr más que en último extremo. La diputación se retiró emocionada. Una hora después, Plassans trataba á Rougon como un héroe; los cobardes le llamaban viejo loco.

Por la tarde, Pedro vió con asombro llegar á Granoux. El antiguo comerciante de almendras lo estrechó entre sus brazos, llamándole «gran hombre», y diciéndole que quería morir con él. La frase «estoy dispuesto», que su criada había oído en casa de la frutera, le había entusiasmado. En el fondo de aquel perezoso, de aquel grotesco, había candideces encantadoras. Pedro le aceptó, pensando que en nada le perjudicaba; hasta sintió cierto enternecimiento viendo su adhesión, y se prometió hacer que públicamente le felicitara el prefecto, para que rabiase de envidia los otros burgueses que le habían abandonado tan cobar-

demente. Los dos esperaron la noche en la alcaldía desierta.

A aquella misma hora, Arístides se paseaba en su casa con aire profundamente inquieto; el artículo de Vuillet habíale sorprendido y la actitud de su padre le asombraba; acababa de verle en una ventana con levita negra y corbata blanca, tan tranquilo y satisfecho, no obstante la inminencia del peligro, que todas sus ideas se habían trastornado. Según de público se decía, los insurrectos se acercaban victoriosos; pero las dudas le asaltaban y presentía alguna farsa lúgubre. No atreviéndose á presentarse en casa de sus padres, envió á su mujer, y cuando volvió, díjole con voz reposada Angela:—Tu madre te espera: no está enfadada, pero me parece que se burla de ti. Me ha repetido varias veces que deberías quitarte el cabestrillo.

Arístides sintióse horriblemente humillado. Sin perder un momento fué á la calle de la Banne, dispuesto á todo género de sumisiones. Su madre se contentó con decirle, prodigándole desdeñosas sonrisas:—¡Ah, pobrete! Resueltamente no eres listo.

—Pero ¿puede uno serlo en un rincón del mundo como Plassans?—replicó el joven con violencia y despecho.—Aquí me vuelvo bestia, palabra de honor. ¡Ni una noticia! Todo por estar encerrado entre esas malditas murallas... ¡Ah! ¡Si hubiera podido seguir á Eugenio á París!—Y viendo que Felicidad seguía riéndose, prosiguió con amargura:—La verdad es que no fué usted muy buena conmigo, madre mía. Sé muchas cosas. Mi her-

mano la tenía á usted al corriente de cuanto sucedía, y nunca me hizo usted una indicación útil.

—¿Todo eso sabes?—dijo Felicidad formalizándose y con cierta desconfianza.—Entonces eres más bestia de lo que yo creía. ¿Acaso serás tú de los que abren las cartas, como alguno que conozco?

—No, pero escucho detrás de las puertas—replicó Arístides con gran aplomo.

Esta franqueza agradó á Felicidad. De nuevo sonrió, y exclamó con más dulzura:

—Entonces, majadero, ¿por qué no has cambiado antes de conducta?

—¡Psch!...—dijo el joven con embarazo.—No tenía gran confianza en ustedes, francamente; se rodeaban de estúpidos como Granoux, mi suegro y otros por el estilo; además, no quería ir demasiado lejos...—Vacilaba, y añadió con voz inquieta:—Al menos, hoy por hoy, ¿está usted segura del éxito del golpe de Estado?

—Yo—exclamó Felicidad, herida por las dudas de su hijo,—no estoy segura de nada.

—Sin embargo, me ha dicho usted que podía quitarme el vendaje.

—Sí, porque todo el mundo se burla de ti.

Arístides se quedó plantado, con la mirada perdida, pareciendo contemplar el ramaje del papel color naranja. Su madre, impaciente al verle dudar todavía, exclamó:

—Vamos—dijo,—vuelvo á mi primera opinión; no eres listo. ¡Y querías que te leyésemos las cartas de Eugenio! Pero, desgraciado, ¿no comprendes que con tus constantes incertidumbres lo

hubieras echado todo á perder?... Ahí estás dudando...

—No dudo—interrumpió, fijando en su madre una mirada investigadora y fría;—no me conoce usted. Capaz sería de poner fuego á la ciudad, si tuviera ganas de calentarme los pies; pero comprenderá usted que no es cosa de comprometerme dando un golpe en vano. Estoy harto de comer el pan duro, y veo que hace trampas la suerte. No jugaré sino á cartas vistas.

Pronunció estas palabras con tanta crudeza, que su madre, en aquellos ardientes apetitos de éxito, reconoció la voz de su sangre, y murmuró:

—Tu padre tiene mucho valor.

—Sí, ya lo he visto—repuso Arístides con acento socarrón:—tiene una hermosa cabeza; me ha recordado á Leonidas en las Termópilas... ¿Eres tú, madre, la que le has arreglado la cara?—Y alegremente y con ademán resuelto, exclamó:—Esto es hecho; soy bonapartista... Papá no es hombre que se deje matar sin que le produzca mucho.

—Tienes razón—dijo su madre;—no puedo hablar, pero ya verás mañana.

Arístides no insistió. Juróle que muy pronto estaría orgullosa de él, y se marchó, mientras Felicidad, sintiendo renacer sus antiguas preferencias, se decía en la ventana viéndole alejarse, que poseía un talento de todos los diablos y que nunca hubiese tenido el valor de dejarle partir sin ponerle al fin en el buen camino.

Por tercera vez la noche preñada de angustias caía sobre Plassans; la ciudad agonizante estaba en las últimas ansias. Los burgueses se retiraban

á sus casas recelosos, y al cerrar las puertas escuchábase ruido de cerrojos y barras de hierro; parecía que todo el mundo abrigaba el temor de que aquella noche se tragaría la tierra á la población, ó que se evaporaría. Cuando Rougon se encaminaba á su casa á la hora de cenar, las calles estaban absolutamente desiertas; aquella soledad le puso triste y melancólico. Al llegar á los postres sintióse desfallecer, y preguntó á Felicidad si era de todo punto necesario dar pábulo á la insurrección que Macquart preparaba.

—Ya no murmuran—añadió.—¡Si hubieras visto con qué respeto me saludaban las gentes del barrio nuevo! A mi juicio, no hay necesidad de matar á nadie. ¿Qué piensas tú? Haremos nuestro negocio sin tener que apelar á esos extremos.

—¡Cuidado que eres flojo!—exclamó Felicidad.—Tú fuiste el inventor de la idea, ¿y ahora retrocedes? ¡Cuando te digo que nunca serás capaz de hacer nada sin mí! Sigue tu camino, déjate de tonterías. ¿Acaso los republicanos te perdonarían si te cogieran?

Rougon, después de comer, se fué á la alcaldía, y preparó la emboscada. Granoux le fué utilísimo; le mandó llevar órdenes á todos los puestos de las murallas; los guardias nacionales debían acudir al ayuntamiento en pequeños grupos y con el mayor sigilo posible. Roudier, parisién extraviado en una provincia, que hubiera podido echar á perder el asunto predicando humanidad, ni aun siquiera fué advertido.

A poco más de las once de la noche, el patio del ayuntamiento estaba lleno de guardias nacio-

nales. Rougon los asustó, diciéndoles que por medio de su policía secreta había sido avisado á tiempo de que los republicanos de la ciudad preparaban un golpe de mano á la desesperada, para apoderarse de la casa consistorial. Después de describir con sombríos colores el sangriento cuadro de la matanza de la ciudad, si aquellos miserables se apoderaban del poder, mandó guardar silencio y apagar todas las luces. El mismo tomó un fusil. Desde por la mañana parecía que estaba soñando; no se reconocía; sentía detrás de sí á Felicidad, dueña absoluta de su voluntad desde la crisis de aquella noche. Estaba tan seguro de su mujer, que se hubiera dejado ahorcar sin inmutarse, pensando: «No importa; ella me descolgará».

Para aumentar el barullo y causar mayor espanto en la ciudad, rogó á Granoux que se trasladase á la catedral y tocase á rebato en cuanto oyera el primer tiro; el nombre del marqués le abriría la puerta de la torre. Con los ojos fijos en la puerta, impacientes por tirar, como si estuvieran acechando una manada de lobos, los guardias nacionales, á quienes la ansiedad tenía azorados, esperaban en el oscuro y silencioso patio del ayuntamiento.

Macquart había pasado el día en casa de tía Dida, acostado sobre el viejo cofre, echando de menos el diván de M. Garçonnet. Varias veces sintió vivos deseos de irse á cualquier café vecino á beberse los doscientos francos; aquel dinero, que tenía guardado en un bolsillo del chaleco, le abrasaba el costado, y empleó el tiempo